

Televisión y literatura¹

Hermógenes Sáinz

La televisión es un fenómeno que, si ha sido magnificado (llegándosele a calificar de “tercera edad de la sociedad humana”, tras una oral y otra escrita)², ha sido también frecuentemente minimizado rebajándosele a la categoría de mero soporte de otros medios de comunicación de masas ya existentes: teatro, cine, etc.³.

Pero si hay algo que la televisión no es, es un soporte para la literatura. La literatura necesita de una transformación substancial para convertirse en producto televisivo, necesita de algo más que la pura adaptación del texto a la pequeña pantalla.

La literatura es, dice la primera aceptación del diccionario de la Real Academia Española, “arte bello que emplea como instrumento la palabra”.

La televisión, según el mismo diccionario, consiste en “la transmisión de la imagen a distancia valiéndose de las ondas hertzianas”.

La literatura es un arte; la televisión, un procedimiento, un medio, una técnica.

No se me escapa que aquí tratamos de los productos de la creación televisiva frente o en relación con los de la creación literaria; pero me parece oportuno dejar sentado, desde el primer momento, este carácter de medio de la televisión porque, a diferencia de la literatura donde la forma de edición o de encuadernación del texto es irrelevante, en la televisión, la forma del medio, del soporte o de la caja, la forma en que se transmite y en que se contempla, etc. son condiciones esenciales de su especificidad, de su genuinidad, del modo de ser de las creaciones de la televisión.

Considerada esta insalvable heterogeneidad de los dos conceptos que nos ocupan, hay, sin embargo, zonas comunes de coincidencia donde se solapan los contenidos de ambos medios: La literatura y la televisión narran, cuentan historias, hacen ficción entre otras cosas.

Partiendo de este contenido común podemos tratar de enhebrar las posibles relaciones entre los dos medios.

La primera y más inmediata sería intentar establecer su jerarquía cabe decir, dentro del escalafón de los hechos culturales, lo que equivaldría a preguntar algo así como “¿Qué es más importante, la televisión o la literatura?”, a lo que seguiría inmediatamente una segunda cuestión: “¿Importante, según qué valor?”

Si es en el de los fines, parece que la literatura se propone metas más nobles (el lenguaje sigue podrido de atavismos pese a nuestra conciencia de su injusticia) ... metas

(1) Estas páginas no son sino las mismas notas (un poco corregidas, es cierto, pero asistemáticas) que llevé a Melilla para guía de mi intervención en el coloquio sobre TELEVISION Y CULTURA.

(2) D. Riesman: *The lonely crowd*.

(3) Algún cineasta, naturalmente, ha llegado hasta considerar la televisión como una simple tercera fase del cine: mudo, sonoro y cine en televisión.

más nobles cualitativamente hablando.

La literatura tiene connotaciones respetables, culturalmente acreditadas, cuenta con buena prensa y dispone de pedigree, "aureola" —como decía Adorno— de ciertas palabras.

La televisión, por el contrario, es doméstica, cotidiana, subrepticia, nos sorprende en zapatillas, favorece nuestra pasividad acrítica y nuestra tendencia al escapismo y, lo que es imperdonable, es gratuita. Por todo ello, tanto o más que por su contenido, es fácilmente desdeñable. Los intelectuales, y muchos que no lo son tanto, esperan muy poco de ella. Claro que los intelectuales no son frecuentemente buenos futurólogos. (No es irrespetuoso recordar las despectivas opiniones de Baroja sobre el cine, desmentidas tan abundantemente por la calidad de tantos filmes).

Así pues, cualitativamente hablando, no parece haber duda de que la creación televisiva está, en general, a un nivel inferior de la literaria.

Ahora bien, siempre dentro de esta relación de jerarquía, cabe afirmar, sin vacilación la mayor importancia cuantitativa de la televisión sobre la literatura.

Cualquier autor guionista de televisión que haya visto dos o tres de sus obras llevadas a la pequeña pantalla, ha conseguido, sin duda, más espectadores que el mismo Baroja, por acudir al ejemplo citado durante toda su ilustre carrera. Una emisión de "Los Persas" reunió en Francia, sólo en una noche, más espectadores que durante los dos mil años de representaciones teatrales del mismo texto⁴.

Esto puede no ser justo, pero es estadísticamente cierto.

La audiencia de televisión es masiva, pero es, además, simultánea. Su incidencia puede ser incontrolable. La literatura, por el contrario, siembra sus contenidos, sus modelos de conducta o sus propuestas estéticas selectiva y escalonadamente. De algún modo, también, vende entre sus propios clientes. Quien lee hoy a Cicerón en "De senectutae", o "La Educación sentimental" de Fhaubert, o "El vergonzoso en palacio" de Tirso, muchas veces está ya ganado para la causa de la literatura y no necesita mejorar su educación estética o afirmar su sensibilidad literaria.

La televisión es un tratamiento de choque, un curso acelerado dirigido a un público masivo e indiscriminado, que apaga el televisor menos de lo que se dice, frente al diálogo susurrado, racional, laborioso aunque permanente, que establece la literatura con sus lectores.

Claro que esta virtualidad del impacto cuantitativo de la televisión exigiría la calidad de sus mensajes o de sus contenidos, pero ésa es otra cuestión. (Sólo de pasada diré que mucho de lo que se dice sobre la rutina acrítica de la televisión, y de los medios de comunicación de masas en general, es menos imputable a una vocación específica de los mass media que a la propia demanda u orientación de la sociedad que no quiere problemas. La televisión, cabe decir con R. Williams, "refleja las orientaciones de la sociedad en lugar de crearlas"⁵. A menudo, y sin que esto pretenda ser una justificación estética, y menos ética, la televisión es "divertida" en el sentido

(4) Joffre Dumazedier: "Desarrollo cultural y TV".

(5) Raymon Williams: "Los medios de comunicación social".

pascaliano de la palabra⁶.

Otro modo de relacionar estos dos conceptos, televisión y literatura, sería el de preguntarse qué puede hacer la una en beneficio de la otra, si es que pueden hacer algo.

Es evidente que el tiempo que se pasa frente a la pequeña pantalla no se consagra a otros menesteres, entre ellos a la lectura. La televisión a diferencia, por ejemplo, de la radio, es excluyente. Los sondeos indican que dos de cada tres personas leen menos desde que tienen aparato de televisión en sus domicilios.

Por otra parte, sin embargo, las ediciones de libros, especialmente las de bolsillo, han aumentado en casi todos los países de nuestro entorno cultural en los períodos de máxima implantación de la televisión. Concretamente, en Francia se duplicaron las ediciones en la década de los sesenta⁷.

Concediendo a la industria editorial y a la de distribución lo que les corresponde en estos incrementos de ventas, parece, sin embargo, poder afirmarse que la televisión no es, por lo menos, un hecho claramente negativo en cuanto al volumen de libros vendidos. (Otra cosa sería hablar del porcentaje que de esas ventas se lee realmente, aun cuando cualquier estimación sobre esto constituiría pura especulación. La realidad es que un libro vendido es un libro leído en potencia, sea por el comprador, sea por cualquier otra persona en cualquier otro tiempo).

Pero con independencia de esta relación libro/televisión —más que literatura/televisión— lo que sí parece poder afirmarse con Cazeneuve⁸ es que “si bien algunos espectadores leen menos, también es cierto que leen otras cosas y que prescinden de lecturas fáciles para ocuparse de otras más enriquecedoras”.

En efecto, el lector agota frente a la pequeña pantalla su cuota parte de superficialidad, su necesidad de banalidades o de evasión y, orientado a veces por programas culturales o literarios específicos, se vuelve con frecuencia más selectivo.

En este campo de la orientación literaria la televisión puede hacer, y hace en raras ocasiones, espacios eficaces e interesantes. También es cierto que, presupuesta su baja audiencia, se programan en horas poco propicias o se simultanean con otros espacios vedettes, lo que lleva a un círculo cerrado: se emiten en malas horas porque se ven poco, y el público continúa siendo minoritario por lo poco propicio de las condiciones de su emisión.

De cualquier modo, no cabe duda que, en casos concretos, se han agotado ediciones de libros que han sido adaptados para la televisión o que tocan temas que la televisión ha introducido en la curiosidad pública. Sin embargo, no es demasiado; la televisión puede jalearse, aplaudir, estimular, pero no tanto a la literatura en abstracto como a tal o cual libro en particular.

Así, la literatura permanece intraducible para la televisión, y esto, porque, como

(6) Pascal decía en sus pensamientos —y mencionaba algo tan poco trascendente como el movimiento de una bola de billar— que “lo único que nos consuela de nuestras miserias es la diversión, y sin embargo es la mayor de nuestras miserias. Pues es lo que principalmente nos impide que pensemos en nosotros”.

(7) J. Dumazedier. Op. citado.

(8) Jean Cazeneuve: “El hombre telespectador”.

dijimos, la literatura es palabra, palabra justa y precisa. (E. Nicol⁹ decía que la poesía es una ciencia exacta, y, añadimos después del reciente descrédito de algunas otras, tal vez la última ciencia exacta que nos va quedando). La televisión, por el contrario, es también imagen, y el lenguaje de la imagen, y muy especialmente el de la imagen televisiva, es siempre impreciso, limitado y muchas veces burdo (pese a la falsa sentencia que dice que una imagen vale más que cien palabras). En la pequeña pantalla caben pocas cosas (4 o 5 personajes son ya una multitud) se ven deformados, engañosamente presentados (la ropa vieja parece siempre nueva; etc.) mal definidas por sus condicionamientos técnicos (el número de líneas que componen su imagen) etc.

En realidad la limitación de la televisión, su imposibilidad para traducir literatura, está en la esencia del medio. Cabría recordar aquí a Sartre cuando decía que cada técnica nos remite a una metafísica. Sin ir tan lejos, cada medio o soporte exige un comportamiento, una actitud frente a él.

El libro es un medio laborioso, reflexivo y paciente que pide y logra la colaboración de su lector.

La televisión está justo en el otro extremo; no sólo no requiere esfuerzo acceder a su espectáculo, sino que además le negamos la adhesión, la posibilidad de su interés. Basta cualquier interrupción ("el niño ha sacado malas notas", o "ha venido el del gas a cobrar", etc.) para que la historia en la pequeña pantalla pierda su mínimo interés. Esto fuerza a los creadores a una serie de concesiones y tremendismos, que unidos a la necesaria síntesis de este tipo de creación, convierte la televisión dramática en estereotipos del peor nivel).

La actitud contemporizadora cuando no despectiva frente al televisor y respetuosa frente al libro —que es además paciente y espera que regresemos a su texto cuando se interrumpe la lectura— decide el pleito sin remisión en favor de la literatura. Sin embargo, todos lo sabemos, hay mala literatura y puede haber una buena televisión. (Mi experiencia personal me muestra que, ahora que hace tiempo dejé de ser muchacho y mido en cifras de pocos céntimos el número de libros que pueden quedarme por leer, empiezo a cerrar tantos de estos como veces apago el televisor. Claro que para eso me ha sido necesario sentir la urgencia de los años y vencer un apreciable cúmulo de tabúes culturales.)

Por último, para resumir un poco y, al mismo tiempo, introducir una nueva perspectiva que a mí me parece especialmente interesante, dire que, por un lado, es obvio que la televisión se basa frecuentemente en textos literarios y que, por otro, la televisión actúa sobre la literatura a través de los creadores y de sus obras.

En efecto, el hábito de mirar y descubrir el mundo, lo que hacen las nuevas generaciones, a través de los medios audiovisuales —y la televisión es el más importante de ellos— conforma una estructura de pensamiento diferente, menos racional, menos especulativo, más figurativo (en el sentido en que hablamos de "pintura figurativa" frente a la abstracta) y más concreto.

Parece probable que el novelista, el cuentista, el literato en general, para contar de

(9) Eduardo Nicol: "La vocación humana".

nuevo a su público ese mundo tal y cómo lo ha visto, seguirá escribiendo libros o relatos, empleando su código de lenguaje escrito. Pero, puesto que su concepción primera se elaboró en imágenes —digámoslo así— dentro de lo concreto, cabe pensar que la elaboración literaria estará de algún modo empañada, transformada, “tocada” de ese origen. Así como hay autores con lenguajes cinematográficos (se ha dicho de Hemingway y de tantos otros) los habrá, y muy numerosos, que darán vida a una literatura distinta, imprecisa y a la vez más fresca, con algo de reportaje, de acontecimiento en vivo, una literatura inacabada y visual ... que son las posibles, no definitivas, características de la televisión que hoy conocemos.

Lo que quiero decir es que la ósmosis entre la televisión y la literatura no tiene lugar en un solo sentido.

Es evidente que la televisión debe a la literatura parte de sus componentes, desde el guión, que debe tener valores literarios, hasta muchos de sus argumentos; pero, aunque menos evidente, también es posible que la literatura que vaya apareciendo a partir de ahora refleje cada vez más esa concepción audiovisual de la realidad y de su fabulación.